

Era por la tarde, allá sobre las cuatro, cuando Rougón iba, de vez en cuando, á pasar unos instantes á casa de la condesa Balbi. Dirigíase allí como vecino, á pie. La condesa habitaba un hotelito, á algunos pasos de la calle de Marbeuf, en la avenida de los Campos Elíseos. Por lo demás, era raro que estuviese en su casa; y cuando por casualidad allí se encontraba, hallábase entre sábanas y hacía que se la excusase. Esto no era parte para que la escalera del hotelito no se viese llena de una zambra de bulliciosos visitantes, ni para que las puertas de los salones dejaran de abrirse y cerrarse á todo vuelo. Su hija Clorinda recibía en una galería, una especie de taller de pintor, que daba á la avenida con grandes huecos acristalados.

Durante cerca de tres meses, Rougón, con su brutalidad de hombre casto, había hecho oídos de mercader á las insinuaciones de aquellas señoras, quienes se habían hecho presentar á él, en un baile en el ministerio de Negocios extranjeros. Tropezábase con ellas por do quier, sonrientes una y otra

con la misma sonrisa provocadora, la madre sin decir esta boca es mía, la hija hablando en alta voz y asestándole con fijeza sus miradas á los ojos. Rougón se mantenía firme, huía de ellas, agitaba los párpados para no tenerlas que ver y no aceptaba las invitaciones que le dirigían. Después, asediado, perseguido hasta en su propia casa, delante de la cual Clorinda hacía ostentación de pasar á caballo, se determinó á pedir los necesarios informes, antes de arriesgarse á dejarse ver en su casa.

En la embajada de Italia se le habló de aquellas señoras en los términos más favorables: el conde Balbi había existido en realidad; la condesa conservaba importantes relaciones en Turín; la hija, por último, había estado á punto, el año anterior, de casarse con un príncipe alemán. Mas, en casa de la duquesa de Sanquirino, á quien se dirigió en seguida, los informes cambiaron de medio á medio. Afir-mósele allí que Clorinda había venido al mundo dos años después del fallecimiento del conde; por lo demás corría una muy complicada leyenda referente al matrimonio Balbi; marido y mujer habían pasado una interminable serie de aventuras, desenfrenos mútuos, un divorcio obtenido en Francia, una reconciliación acaecida en Italia, que les había hecho vivir en una especie de concubinato. Un joven agregado de embajada, muy al corriente de cuanto pasaba en la corte del rey Víctor Manuel, se expresó con más claridad aún; según él, si la condesa conservaba allí alguna influencia, debíala á una antigua amistad con un elevado personaje; y daba á en-

tender que habría permanecido en Turín, á no ser por cierto enorme escándalo, sobre el cual no supo dar más explicaciones. Rougón, atraído poco á poco por el interés de aquella información, acudió hasta á la prefectura de policía, en donde nada preciso pudo obtener; los legajos referentes á ambas extranjeras, las presentaban sencillamente como mujeres que llevaban gran tren, sin que se les conociese una fortuna sólida. Decían ellas que poseían bienes en el Piamonte. La verdad era que á veces se ofrecían bruscas alteraciones en su lujo; entonces desaparecían sin decir oste ni moste, para volverse á presentar sin tardanza con nuevo esplendor. En resumen, nada se sabía con seguridad acerca de ellas, y se tenía por preferible el no saber nada. Frecuentaban la más encopetada sociedad, y su casa era aceptada como terreno neutral, en donde se toleraban las excentricidades de Clorinda, en calidad de flor exótica. Rougón tomó la determinación de ir á visitar á aquellas damas.

A la tercera visita, la curiosidad del gran hombre había subido de punto. Eran tardas sus sensaciones y difíciles de despertar. Lo que al principio le atrajo hacia Clorinda fué ese misterio de lo desconocido, toda una vida pasada, toda una idea fija de porvenir que creía leer en el fondo de sus grandes ojos de joven diosa. Habíansele contado abominables anécdotas, una primera debilidad con un cochero, y más adelante un ajuste cerrado con un banquero, que había pagado la mentida virginidad de la señorita con el hotelito de los Campos Elíseos.

Pero, en ciertas ocasiones, pareciale tan niña, que le asaltaba la duda, prometiéndose confesarla y volver para descifrar la clave de aquella extraña criatura, cuyo viviente enigma acababa por ocupar su imaginación tanto como cualquier delicado problema de alta política. Había vivido hasta allí desdeñando á las mujeres, y la primera con la cual venía á caer, era con seguridad la máquina más complicada que se pudiese imaginar.

Al día siguiente del en que Clorinda había ido al troté de su caballo de alquiler, á darle un apretón de manos á manera de pésame, á la puerta del Consejo de Estado, Rougón le devolvió la visita, que, por lo demás, ella le había exigido solemnemente. Proponíase—le decía—referirle algo que le apartaría de sus murrias. Llamábala bromeando «su vicio»; y en su casa olvidábase de buen grado de todo, divertido, halagado, despierta la imaginación, tanto más cuanto que él la delectaba aún, tan poco adelantado como el primer día. Al volver la esquina de la calle de Marbeuf, dirigió una mirada, en la calle del Coliseo, al hotel habitado por Delestang, á quien creía haber sorprendido ya muchas veces, con el rostro pegado á las persianas á medio echar, de su gabinete, atisbando, á la parte opuesta de la avenida, las ventanas de Clorinda; pero las persianas, hallándose á la sazón echadas, Delestang debía de haber salido por la mañana para la granja modelo de la Chamade.

La puerta del hotel Balbi estaba, como de ordina-

*Su Exc. Eugenio Rougón.—TOMO I.*

rio, abierta de par en par. Rougón encontró al pie de la escalera á una mujercilla morena, mal peinada, arrastrando una falda amarilla, hecha jirones, que tiraba bocados á una naranja como si fuese una manzana.

—Antonia, ¿estaría su ama de usted en casa?—le preguntó.

No le contestó, teniendo la boca llena y agitando violentamente la cabeza con una carcajada. Tenía los labios embadurnados con el jugo de la naranja, y entornaba sus ojillos que parecían dos gotas de tinta sobre su tez morena.

Rougón subió, acostumbrado ya al servicio desordenado de la casa. En la escalera se tropezó con un criado de gran estatura y mal encarado; su aspecto era el de un bandido, con larga y negra barba; miróle con toda tranquilidad sin cederle el lado de la barandilla. Después, en el pasillo del piso primero, encontróse solo, en frente de tres puertas abiertas. La de la izquierda daba á la habitación de Clorinda. Tuvo la curiosidad de alargar la cabeza. A pesar de que ya eran las cuatro, la habitación no estaba todavía en orden; un biombo, desplegado delante de la cama, medio ocultaba las conchas colgantes; y, echados sobre el mismo mueble, secábanse las faldas del día anterior, llenas de barro en la parte baja. Delante de la ventana, la jofaina, llena de agua de jabón, rodaba por los suelos, mientras que el gato de la casa, un gato gris, dormía hecho un ovillo entre un montón de ropa.

En el segundo piso era en donde Clorinda se encontraba generalmente, en una galería de que, sucesivamente, había hecho taller, fumadero, estufa y salón de verano.

A medida que Rougón subía, sentía ir en aumento una batahola de voces, de ruidosas carcajadas y de muebles echados patas arriba. Y, cuando se halló delante de la puerta, acabó por darse cuenta de que un piano físico producía el zipizape, mientras que una voz cantaba. Llamó por dos veces sin obtener contestación. Entonces resolvióse á entrar.

—¡Ah! ¡bravo, bravo, aquí está!—gritó Clorinda batiendo palmas.

Rougón, por lo común tan difícil de desconcertar, se quedó por un instante en el umbral, casi con timidez. Ante el cascado piano que aporreaba con furia para obtener sonidos menos discordantes, se hallaba el caballero Rusconi, el legado de Italia, un moreno con gracia, y, cuando se terciaba, diplomático serio. En mitad de la habitación, el diputado La Rouquette valsaba con una silla, cuyo respaldo, estrechaba amorosamente en sus brazos, tan impulsado por su brío, que había sembrado el suelo de sillas tumbadas acá y allá.

Y á la deslumbradora claridad de uno de los vanos, en frente de un joven que la dibujaba al carbón en un lienzo blanco, Clorinda, en pie en medio de una mesa, poníase como modelo de Diana cazadora, con los muslos al aire, al igual que el seno, los brazos, toda ella desnuda. En un canapé tres caba-

lheros, muy serios, fumaban gruesos cigarros mirándola, con las piernas cruzadas y sin decir una palabra.

—¡Espere usted, no se mueva!—decía el caballero Rosconi á Clorinda, que se disponía á saltar de la mesa. Voy á hacer las presentaciones.

Y, seguido por Rougón, dijo en tono de broma al pasar por delante del señor La Rouquette, quien había caído falto de aliento en un sillón:

—El señor La Rouquette, á quien usted ya conoce. Un futuro ministro.

Después, acercándose al pintor, prosiguió:

—El señor Luigi Pozzo, mi secretario. Diplomático, pintor, músico y enamorado.

Y echó en olvido á los tres caballeros del sofá. Pero al volverse, reparó en ellos; dejó el tono de broma, inclinóse del lado suyo y murmuró con voz ceremoniosa:

—El señor Brambilla, el señor Staderino, el señor Viscardi, los tres refugiados políticos.

Los tres venecianos, sin dejar sus cigarros, saludaron. El caballero Rusconi volvía al piano, cuando Clorinda le interpeló vivamente, reprochándole ser un mal maestro de ceremonias. Y, á su vez, señalando á Rougón, dijo sencillamente, con entonación particular, sumamente lisonjera:

—El señor Eugenio Rougón.

Saludáronse nuevamente. Rougón, quien por un instante, había tenido miedo de aquella comprometedora broma, quedó sorprendido del exquisito tac-

to y de la súbita dignidad de aquella real moza, medio en cueros en su traje de gasa. Sentóse y pidió noticias de la condesa Balbi, como lo hacía comúnmente; hasta daba á entender, en cada visita, que allí iba por la madre, lo que le parecía más conveniente.

—Habría tenido el mayor placer ofreciéndole mis respetos—agregó, con arreglo á la fórmula que había adoptado para aquellas circunstancias.

—¡Pero si mamá está allí!—dijo Clorinda señalando á un rincón de la estancia, con el extremo de su arco de madera dorada.

Y la condesa, en efecto, se encontraba allí, detrás de los muebles, recostada en amplio sillón. Aquello produjo verdadera sorpresa. A la cuenta, los tres refugiados políticos debían de ignorar también su presencia; así fué que se levantaron y saludaron. Rougón se dirigió á estrecharle la mano. Manteníase en pie, y ella, tendida siempre, contestaba con monosílabos, con aquella continua sonrisa que no la dejaba nunca, hasta cuando se encontraba mal. Luego volvió á su silencio, distraída y dirigiendo miradas del lado de la avenida, por donde se deslizaba un río de coches. Habíase sin duda sentado allí para ver pasar la gente. Rougón se apartó de allí.

Entretanto, el caballero Rusconi, sentado nuevamente al piano, buscaba una tonada, pulsando suavemente las teclas y canturreando á media voz frases italianas. El señor La Rouquette se abanicaba

con el pañuelo. Clorinda, con toda gravedad, había vuelto á su posición. Y Rougón, en el recogimiento súbito que se había creado, andaba despacito, de un lado á otro, mirando las paredes. La galería se veía atestada de una multitud de objetos; varios muebles, un pupitre, un gran cofre, muchas mesas, todo colocado en medio, dejando un laberinto de estrechos pasos; en un lado había plantas de estufa, relegadas al olvido, echadas unas sobre otras, muriéndose de sed, con sus verdes palmas colgantes y ya corroidas de moho; mientras que al otro lado se veía un gran montón de arcilla seca, en la que se distinguían aún los brazos y las piernas desmenuzadas de una estatua que Clorinda había esbozado, instalada de repente por el capricho de convertirse en artista. La galería, de gran extensión, no presentaba en realidad libre sino un reducido espacio delante de uno de los huecos, especie de cuadro transformado en saloncillo con dos sofás y tres sillones despareados.

—Puede usted fumar,—dijo Clorinda á Rougón. El le dió las gracias, pero no fumaba nunca. Clorinda, sin volverse, exclamó:

—Caballero, sírvase hacerme un cigarrillo. Ha de haber tabaco delante de usted, sobre el piano.

Y, en tanto que el caballero hacía el cigarrillo, de nuevo reinó el silencio. Rougón, contrariado por verse allí con toda aquella gente, iba á tomar el sombrero. Pasó no obstante por delante de Clorinda, erguida la cabeza y sonriendo:

—¿No me rogó usted que pasase por aquí para enseñarme algo?—le preguntó.

No le contestó en seguida, muy seria y entregada por entero á su oficio de modelo.

—¿Qué es lo que quería usted enseñarme?

—¡Yo!—le contestó.

Y dijo aquello con acento soberano, sin un gesto, instalada sobre la mesa, en su actitud de diosa. Rougón, muy serio á su vez, retrocedió un paso y la miró con detención. Hallábase en realidad soberbiamente hermosa, con su puro perfil, con su airoso cuello unido á sus hombros por airosa inclinación. Poseía sobre todo esa belleza majestuosa, la belleza del busto. Sus redondeados brazos y piernas revestían marmóreos fulgores. Su cadera izquierda, un poco hacia adelante, la inclinaba un tanto, con la mano derecha al aire, dejando al descubierto, desde el sobaco al talón, una extensa línea, poderosa al par que flexible, ahuecada en el talle y saliente en el muslo. Con la otra mano se apoyaba en el arco con el ademán tranquilamente enérgico de la cazadora clásica, poco cuidadosa de su desnudez, desdeñosa del amor de los hombres, fría, altanera, inmortal.

—¡Lindo, muy lindo!—murmuró Rougón, no sabiendo qué decir.

La verdad era que la encontraba abrumadora, en su inmovilidad de estatua. Aparecía tan victoriosa, tan segura de encontrarse clásicamente bella, que, á haberse él atrevido, habríala criticado como

obra de arte, alguno de cuyos rasgos salientes herían sus ojos burgueses; más le habrían gustado un talle más delgado, unas caderas menos voluminosas, un seno más alto. Acometióle un deseo de hombre brutal, el de cogerle una pantorrilla. Tuvo que retirarse más aún, para no ceder á la tentación.

—¿Ha visto usted bastante?—preguntó Clorinda, seria y siempre convencida.—Espere usted, y mire otra cosa.

Y, bruscamente, dejó de ser Diana. Dejó caer el arco y se convirtió en Venus. Con las manos echadas detrás de la cabeza y jugueteando en su cabellera, con el busto medio recostado y elevando los senos, se sonreía, entreabría los labios, y extrañaba su mirar, como anegado súbitamente en un rayo de sol. Parecía más pequeña, con más redondeados miembros, dorada toda ella con un estremecimiento de deseo, cuyas tibias ondulaciones recorrerían su satinado cutis. Hallábase encogida, brindándose, haciéndose deseable, en actitud de amante sumisa, que desea ser acogida por entero en un solo abrazo.

Los señores Brambilla, Staderino y Viscardi, sin abandonar su lúgubre empaque de conspiradores, aplaudieron con gravedad.

—¡Brava, brava, brava!

El señor La Rouquette volvía loco de entusiasmo, mientras que el caballero Rusconi, que se había acercado á la mesa para alargar el cigarro á la joven, permanecía allí, con la mirada atónita, con li-

gero balanceo de la cabeza, como si marcara el ritmo de su admiración.

Rougón no dijo nada. Apretó las manos con fuerza tal, que le crujieron los dedos. Un ligero escalofrío acababa de correrle desde la cerviz hasta los talones. Y ya entonces no pensó en irse y se instaló en una butaca. Mas Clorinda había recobrado ya la libertad de su incomparable cuerpo, riendo á carcajadas y fumándose su cigarrillo con atrevido fruncimiento de labios. Contaba que se habría perecido por dedicarse al teatro; todo habría sabido representarlo, la cólera, la ternura, el pudor, el espanto; y, con una actitud, con un movimiento de la fisonomía, indicaba personajes. En seguida, dijo de repente:

—Señor Rougón, ¿quiere usted que le imite cuando habla en la Cámara?

Y se esponjó, se engalló, resoplando, echando los puños adelante, con mímica tan especial, tan verdadera imitación, que todos se quedaron con la boca abierta. Rougón se reía como un chiquillo; le resultaba adorable, muy astuta y muy de temer.

—Clorinda, Clorinda—murmuró Luigi, dando golpecitos con el tiento en el caballete.

Movíase por tal modo, que ya no le era posible trabajar. Había dejado el carbón para extender los colores sobre la tela, con la aplicación del colegial. En medio de las carcajadas, él se mantenía serio, dirigiendo incendiarias miradas á la joven y mirando con terrible semblante á los hombres con

quienes bromeaba. El era quien había concebido la idea de retratarla en aquel traje de Diana cazadora, del que hablaba todo París desde el último baile de la embajada. Llamábase primo suyo, sin más razón que la de haber nacido ambos en la misma calle, en Florencia.

—¡Clorinda!—repitió con acento de cólera.

—Luigi tiene razón—dijo la joven.—No son ustedes personas de juicio; ¡hacen ustedes un ruido de dos mil demonios!... ¡Trabajemos, trabajemos!

Y se colocó de nuevo en su actitud olímpica. Volvió á convertirse en hermosa estatua de mármol. Aquellos señores se quedaron en su sitio, inmóviles, como enclavados. El señor La Rouquette era el único que sobre el brazo del sillón se aventuraba á tocar un discreto redoble de tambor, con las yemas de los dedos. Rougón, tumbado de espaldas, miraba á Clorinda, un tanto soñador, pasto de vaga meditación, en que la joven se revestía de desmesuradas proporciones. Fuere como fuere, el mecanismo de una mujer resultaba cosa extraña. Nunca le había pasado por las mientes el hacer semejante estudio, y empezaba á entrever complicaciones extraordinarias. Por un instante, concibió con toda claridad el poderío de aquel desnudo seno, capaz de conmover un mundo. Clorinda, á sus turbados ojos, se engrandecía cada vez más, y cubría todo el acristalado hueco con su cuerpo de gigantesca estatua. Pero agitó los párpados y volviola á encontrar en la mesa mucho menos corpulenta que él. Entonces se sonrió;

á haberlo querido, habríala azotado como á una niña; y se quedó sorprendido por haber tenido miedo un solo momento.

En esto, al otro extremo de la galería, se percibía un ténue murmullo de voces. Rougón prestó oído por costumbre, mas no oyó sino un rápido rumor de silabas italianas. El caballero Rusconi, que acababa de deslizarse por detrás de los muebles, se apoyaba con una mano en el respaldo del sillón de la condesa, inclinado respetuosamente hacia ella, pareciendo como que le contaba algún asunto de largos detalles. La condesa se satisfacía con dar muestras de aprobación con la cabeza. Una vez, sin embargo, hizo un violento gesto de negativa; el caballero entonces se inclinó aún más y la sosegó con su voz cantante, que se deslizaba como gorgceo de ave canora. Rougón, merced á su conocimiento del provenzal, acabó por sorprender algunas palabras, que le pusieron serio.

—Mamá—dijo de repente Clorinda, ¿acaso habrías enseñado al caballero el telegrama de ayer noche?

—¡Un telegrama!—dijo en voz alta el caballero.

La condesa había sacado del bolsillo un paquete de cartas, en el cual buscó por largo rato. Por último le entregó un pedazo de papel azul, muy arrugado. En cuanto hubo pasado por él la vista, hizo un gesto de admiración y de cólera.

—¡Cómo!—exclamó en francés, olvidando á las personas que allí había;—esto lo sabe usted desde

ayer. Pero yo no he recibido la noticia sino esta mañana.

Clorinda soltó una franca carcajada, lo que acabó por amostazarle.

—Y la señora condesa deja que le cuente el asunto de pe á pa, ¡como si lo ignorase!... Vaya, puesto que el local de la embajada se encuentra aquí, vendré todos los días á abrir la correspondencia.

La condesa se sonreía, y continuaba buscando en el atado de cartas; sacó otro papel y se lo dió á leer. Esta vez pareció muy satisfecho. Y se reanudó la conversación en voz baja; hábale vuelto al semblante su respetuosa sonrisa, y, al separarse de la condesa, le besó la mano.

—Quedan terminados los asuntos serios—dijo á media voz, volviendo á sentarse al piano.

Y aporreó con toda su fuerza una canallesca ronda, muy popular en aquel año. Después, repentinamente, habiendo mirado la hora, corrió á tomar el sombrero.

—¿Se va usted?—preguntó á Clorinda.

Llamóle con un ademán, y apoyándosele en el hombro, se puso á hablarle al oído. Rusconi movía la cabeza y se reía. Luego murmuraba:

—¡Fuerte, muy fuerte!... pero lo escribiré allá.

Y salió después de haber saludado. Luigi, dando un golpe con el tiento, había hecho que se levantara Clorinda, puesta en cuclillas sobre la mesa. Sin duda el río de carruajes que se deslizaba á lo largo de la avenida acababa por aburrir á la con-

desa, pues tiró del cordón que se hallaba á su espalda, en cuanto hubo perdido de vista el cupé del caballero, sumergido en medio de los landós que bajaban del Bosque. Quien entró fué aquel gran diablo de criado, con cara de bandido, dejando la puerta abierta. La condesa se apoyó en su brazo y atravesó lentamente la estancia, en medio de aquellos señores, en pie é inclinados á su paso. Ella contestaba con la cabeza, sonriendo. Después, ya en el umbral, volvióse y dijo á Clorinda:

—Tengo jaqueca y voy á tenderme un poco.

—Flaminio—dijo la joven al lacayo que se llevaba á su madre,—póngale usted una plancha caliente á los pies.

Los tres refugiados políticos no volvieron á sentarse. Permanecieron todavía allí unos instantes, puestos en fila, acabando de mascujar los cigarros, que echaron en un rincón, detrás del montón de arcilla, con el mismo ademán correcto y ajustado. Desfilaron por delante de Clorinda y se fueron en procesión.

—¡Gran Dios!—decía el señor La Rouquette, quien acababa de entablar una conversación seria con Rougón.—De sobra sé que esta cuestión de los azúcares es muy importante. Se trata nada menos que de toda una rama de la industria francesa. La desgracia está en que nadie, en la Cámara, me parece que haya estudiado á fondo la materia.

Rougón, á quien aburría de lo lindo, contestaba tan solo con movimientos de cabeza. El joven dipu-



tado se acercó más y prosiguió, dando á su rostro de muñeca repentina gravedad:

—Por lo que á mi toca, yo tengo un tío dedicado al negocio de azúcares. Posee una de las más importantes refinerías de Marsella... Pues bien, he ido á pasar tres meses con él; he tomado notas, ¡oh, la mar de notas! Hablaba con los obreros y me ponía al tanto de todo... En fin, como usted comprende, me proponía hablar en la Cámara.

Y tomaba estudiadas actitudes ante Rougón, empleando enorme trabajo para hablarle de los únicos objetos que se figuraba le debían interesar, deseoso por otra parte de exhibirse á él bajo el aspecto de hombre político de toda solidez.

—¿Y usted no ha hablado?—interrumpió Clorinda, á quien la presencia del señor La Rouquette parecía impacientar.

—No, no he hablado—repuso con voz tarda,—creí que no debía de hablar... A última hora tuve miedo de que mis guarismos no fuesen del todo exactos.

Rougón le miró cara á cara, diciendo con gravedad:

—¿Tiene usted noticia de los terronés de azúcar que se consumen diariamente en el Café Inglés?

El señor La Rouquette se quedó un momento estupefacto, con los ojos desencajados. Luego soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡muy bonito, muy bonito!—exclamó.—Comprendido, usted lo toma á broma... Mas esa es

cuestión de azúcar; y yo hablaba de la cuestión de los azúcares... ¡Magnífico! Me permitirá usted que repita el donaire, ¿verdad?

Y daba saltitos de alegría en el sillón. Recobró su sonrosado semblante, sentóse á su comodidad y púsose á la caza de ingeniosos chistes. Pero Clorinda le embistió por el ramo de mujeres. Habíale visto la antevíspera, en Variedades, con una rubilla, fea como un pecado y con la cabeza desgreñada como un perro de aguas. El empezó por negarlo; pero molestado en seguida por la manera cruel con que trataba al «perrillo de aguas», lo echó todo á rodar, saliendo á la defensa de aquella dama, persona muy digna, que no resultaba tan mal como ella decía; y hasta le habló de sus cabellos, de su talle, de su pierna. Clorinda se puso hecha un basilisco, y el señor La Rouquette acabó por exclamar:

—Me está esperando y me voy á verla.

Entonces, cuando hubo cerrado la puerta, la joven batió palmas, repitiendo en tono de triunfo:

—Ya se fué; ¡buen viaje!

Saltó con ligereza de la mesa y corrió hacia Rougón, á quien tendió sus dos manos. Ofrecíase en extremo cariñosa, sentíase—según decía—muy contrariada porque no la hubiese encontrado sola. ¡Cuánto trabajo la había costado el despedir á toda aquella gente! Ninguno comprendía, era la verdad... ¡Cuán ridículo parecía aquel señor La Rouquette con sus azúcares!... Mas ahora, tal vez, no se les iba ya á molestar, y podrían hablar... ¡Tenía tantas co-

sas que decirle! Hablando, hablando, le condujo hacia un sofá. Rougón se había sentado, sin soltarle las manos, cuando Luigi dió unos golpes secos con el tiento, repitiendo en tono amoscado:

—¡Clorinda, Clorinda!

—¡Calle! ¡es verdad, el retrato!—dijo riéndose.

Escapóse del lado de Rougón, y fué á inclinarse detrás del pintor, en actitud cariñosa. ¡Oh! ¡qué bonito era lo que había hecho! Resultaba á las mil maravillas. Pero, hablando con verdad, sentíase un tanto fatigada, por lo que pedía un cuartito de hora de descanso. Por lo demás, podía ir pintando el traje; no tenía precisión de plantarse en la mesa para el vestido. Luigi lanzaba miradas asesinas á Rougón y continuaba mascullando palabras de pocos amigos. Entonces, con gran rapidez, Clorinda le habló en italiano, con las cejas fruncidas, pero sin dejar de sonreír. Luigi se calló y volvió á manejar el pincel, aunque viniéndole muy cuesta arriba.

—No miento—repuso, volviendo á sentarse junto á Rougón;—tengo la pierna izquierda completamente adormecida.

Y se daba golpes en la pierna izquierda, para hacer circular la sangre—decía.—Bajo la gasa distinguíase el rosado color de las rodillas. Entretanto, habíase olvidado de que estaba desnuda; inclinábase hacia él, con seriedad, arañándose el cutis del hombro contra el recio paño de su gabán. Echóse entonces una mirada y se quedó más colorada que unas brasas. Y, de prisa y corriendo, fué en busca

de una gran prenda de encaje negro, en la cual se envolvió.

—Tengo un poco de frío—dijo después de haber empujado hasta delante de Rougón una butaca, en la cual se sentó.

Bajo los encajes dejaba ver tan sólo los extremos de sus desnudos brazos. Habíase anudado también el cuello, como para improvisarse una enorme corbata, en cuyo fondo hundía la barba. Allí dentro, con el busto enteramente sumergido, aparecía por completo negra, con su rostro de nuevo pálido y grave.

—Por último, ¿qué es lo que le ha sucedido á usted?—le preguntó.—Cuéntemelo usted todo.

Y le interrogó sobre su desgracia, con franqueza de curiosidad filial. Siendo extranjera, hacíase repetir hasta tres veces detalles que decía no comprender. Interrumpíale con exclamaciones en lengua italiana; mientras que en sus negros ojos, podía Rougón leer toda la emoción de su relato. ¿Por qué se había puesto de punta con el emperador? ¿cómo había podido renunciar á una posición tan elevada? ¿quiénes eran sus enemigos, para que por tal modo se hubiera dejado supeditar? Y cuando vacilaba, cuando le acosaba para conseguir cierta confesión que no quería hacer, mirábale con tan efusivo candor, que acababa por entregársele, contándole las cosas hasta el final. Pronto, á no dudar, llegó á saber cuanto deseaba. Hízole además algunas preguntas, nada pertinentes, al asunto, cuya singula-